

EL juego de los bolos, cuya práctica se extiende a varias de estas regiones norteñas, tiene en cada una variantes que le dan interés distinto. Pero aquí, en la montaña de Santander, al decir juego de bolos, entendemos por ello el juego de nueve bolos con “emboque”. Explicar lo sustancial del juego parece superfluo, pero esa característica del emboque acaso merece una aclaración. Cuando se lanza la bola para derribar los bolos, debe pasar de una raya que convencionalmente se traza perpendicularmente a la dirección del tiro. Sobre esta raya, y en lugar asimismo convencional, bien a la derecha de la formación de los bolos, o bien a la izquierda, se “pina” un bolo más, pequeño, y está el secreto en que la bola debe dar al primer bolo del centro de la formación, y de allí ir a dar al bolo pequeño, que se llama “emboque”, o pasar por detrás de él, lo que indica que llevaba aún más efecto (en el sentido con que esta palabra se usa en el billar) del necesario, y, por tanto, su lanzamiento puede considerarse como más meritorio.

Esta variante de los bolos convierte el juego en una prueba de precisión, pues la bola ha de pegar en un bolo determinado y ha de ir no sólo dirigida, sino además “trabajada”, es decir, con efecto adquirido al lanzarla de la mano, como la bola del billar le recibe al sufrir el golpe del taco. Además se necesita un vigor en el brazo nada despreciable, pues la bola de madera de encina (son las mejores) tienen volumen y peso considerables, y la distancia a que hay que hacerla llegar suele ser asimismo estimable.

Trabajar la bola es el secreto del juego, y después buen pulso y tino para colocarla, al ser lanzada, en el bolo que se pretende. El deporte del juego de bolos a “emboque” no es ninguna cosa al alcance de cualquiera, y reúne las condiciones de fuerza y destreza que pueden exigirse al más exigente ejercicio.

Este juego tradicional se conserva celosamente en esta montaña, y hay una Federación de Bolos que lo fomenta, y una afición entusiasta que sigue sus campeonatos y preferencias.

La sede de este juego la ha disfrutado durante mucho tiempo Puente San Miguel, la capital de las Asturias de Santillana, a orillas del Saja, lugar de reunión de las históricas Juntas de los Valles. Tal localidad había llegado a crear un estilo en el modo de jugar que los demás pueblos envidiaban, y que ponían por modelo de elegante eficacia. De allí salió mi amigo Marcelino Botín, el jugador, quizá, de mayor elegancia y gracia en el lanzar la bola que hemos conocido en estos últimos tiempos en la Montaña. Y allí tenía su casa el gran don Darío, entusiasta aficionado, a quien debe el juego la mejor propaganda, hasta el punto de que sin él acaso no se hablara en el Montaña de bolos con el entusiasmo regional que ha prendido en todos.

Pues bien; la sede de los bolos podemos decir que se ha desplazado a otro pueblo, este de las riberas del Nansa, y sin la historia ni el prestigio de la capital de las viejas Asturias: Bielva. Porque en Bileva nació, se crió, practicó el juego y se perfeccionó en su ejercicio el Zurdo, el más popular de cuantos jugadores de bolos han hecho "emboque" en la Montaña. El Zurdo de Bielva (que lo es, aunque sólo para el juego) ha popularizado el nombre de su pueblo natal, que hasta él apenas conocíamos los vecinos ribereños de su río. El Zurdo se llama Rogelio González, y es bien que su nombre salga a plaza, al par de su elogio, pues una dedicación como la suya a un deporte y unas aptitudes y fortuna para practicarle como las que le han hecho popular, es difícil que se dé en practicante alguno de cualquier otro juego.

Pero su personalidad es aún más singular dentro del deporte español. Como todos aquellos que practica gente del pueblo, quiebran un tanto las que se consideran reglas para el entrenamiento y conservación de la forma. Como nuestros gloriosos remeros de Pedreña, Rogelio González jamás ha dejado de atender a las necesidades de la labranza y la ganadería a que le obliga su corto peculio. Robando a veces, no horas, sino minutos, a su quehacer corriente, acude a la bolera de Bielva (hoy quizá la mejor de la provincia), y si no encuentra compañero, juega solo, y si no aparece algún chico que le "arme" los bolos, él los "pina", con la fatiga que supone tras lanzar la bola acudir a hacerlo.

En el Zurdo de Bielva, el lanzar la bola adquiere una belleza de actitud, una energía de movimientos, una armonía en la cooperación de los miembros del cuerpo que pretende traspasar a plano de arte lo que él cree que es tan sólo eficacia y necesidad del juego. El acto de lanzar la bola se ha comparado al del lanzamiento del disco, y no creo que desde el punto de vista escultórico ceda al arte del discóbolo. El brazo que lanza la bola ha de tomar vuelo impresionante; toda la economía de fuerzas de todos los músculos del cuerpo



*El Zurdo de Bielva*

han de cooperar con máxima tensión, y el pie correspondiente al brazo que juega ha de mantenerse firme, sin dejarse arrastrar por la violencia del lanzamiento. El Zurdo de Bielva es sobrio de movimientos, y ello da una elegancia más clásica a su juego. Pero en él admira la eficacia y el acierto aún más que el arte. Donde pone el ojo pone la bola, y ello con tal certidumbre, que se le ha visto muchas veces derribar los nueve bolos, uno a uno, y cada uno con una bola, sin que caiga más que el señalado cada vez.

Ver jugar al Zurdo es ir a gustar la emoción del “emboque”. El estacazo en el bolo es seguro, y tan firme, que muchas veces la bola retrocede sin llegar a la raya. Este lance, desgraciado para la contabilidad, es tan celebrado como el lograr el “emboque”, pues demuestra una seguridad y maestría magníficas.

Pero no trato de hacer el panegírico del juego del Zurdo. Me importa más señalar su vocación de deportista. Y de deportista plenamente desinteresado. Porque el juego de los bolos no vino de la isla de Wight ni lo empezaron a practicar montañeses de Escocia; y por ello, pese al esfuerzo de las organizaciones que lo rigen, los premios son más honoríficos que remuneradores. Y a veces un concurso se ha visto privado de la presencia del Zurdo, porque tenía

que segar un prado o atender a una vaca. Y cuando acaba las tiradas en las que asiste, ha de volver rápidamente a su casa a vigilar sus pocos intereses. Así, a todas las virtudes de entusiasmo, destreza, dedicación al juego, se añade en nuestro deportista el de desinterés, el de sacrificio auténtico. El se considera bien pagado con la popularidad y estimación de sus conterráneos y con mostrar con legítimo orgullo una vitrina de trofeos, cuya plata reluce con mejor brillo en la modestia de su casa aldeana de labrador.

Bielva 17 Diciembre 1947

Si. D. José M<sup>a</sup> Cossío.

Cuando recibí los ejemplares de A.B.C. don-  
de se publicó el artículo  
titulado "Un Deportista"  
por Ud. firmado y que  
se refería a un humilde  
persona, debí haberle  
escrito expresándole mi  
agradecimiento por su  
bondad y amabilidad,  
primero por haberse  
ocupado en publicar algo  
sobre mí, segundo por  
haberme enviado los ocho  
ejemplares, pero la pereza  
que me invade siempre, que  
de cojer la pluma se me  
me había hecho quedar  
con Ud. casi descortesmente.

Hoy al enterarme de su  
nombramiento de Académico  
no puedo de ninguna  
manera, dejar de cojer  
la pluma y dando tal  
haste con mi persona, feli-  
citarle efusivamente, no  
queriendo, que entre las  
muchas felicitaciones que  
recibirá estos días por ese  
motivo, pudiera faltar  
la mía, ayo por ser la  
más humilde, la más sin-  
cera.

Dirándole las más expre-  
sivas gracias por sus aten-  
ciones y repitiéndole mi  
sincera felicitación, queda  
a su disposición su atento  
ss. y admirador  
q. e. s. m.

Rogelio Gonzalez  
(Zurda de Bielva)

Carta de Rogelio felicitando a Cossío por su nombramiento de Académico.

**AUNQUE** un concurso se celebra, y el verbo celebrar tiene una significación jubilosa, no creo incongruente, en este pregón de él, pedir un rincón para un perenne recuerdo luctuoso.

Una tarde lluviosa y triste de los primeros días de marzo, acompañábamos los restos de Rogelio González, *el Zurdo de Bielva*, al lugar de su último reposo en su aldea natal. Gentes representativas de la afición bolística, y mucha más de la breve región donde se desarrollara la habitualidad de la vida del gran jugador, formábamos en el acompañamiento. Y la verdad es que nuestro pensamiento se dirigía, más que al recuerdo de un excepcional jugador y un excelente amigo, al ejemplo de una vida que de sus obligaciones cotidianas pasaba sin transición a las que se imponía para mantener su nombre y su posición en el deporte montañés. Y éstas no menos estrechas que las de sus trabajos de la tierra y sus cuidados de la ganadería.

Esta conciencia de su obligación deportiva que le hacía gastar las horas de vacación en el entrenamiento para el juego en la espléndida bolera de Bielva, a solas con su noble ambición deportiva, es un ejemplo que sobrevive a su muerte y debe ser fecundo e imitado. Pero, puesto a reflexionar sobre su recuerdo, acaso fue más importante su constante e indefectible comportamiento deportivo. Ambicioso en el juego, sereno en el triunfo, jovial y afectuoso en la derrota, cumplidamente digno y equilibrado siempre, predicó su lección deportiva día a día, partida a partida, con irreprochable espíritu de caballero leal y respetuoso, no ya con el adversario, sino con la suerte que, al revolverlo todo con su rueda, no consiguió nunca poner una mueca de desagrado o disgusto en su rostro tan montañés y sereno.

Las bolas con las que acudía a los concursos y partidas fueron depositadas en el mismo hoyo que su cuerpo. Lo que esas bolas ligeras representaban no debe haber sido enterrado con ellas: la lección del emboque, de que tantas veces fueran instrumentos, menos importante que la lección de caballerosidad y buen talante que Rogelio dejara como herencia la más preciada a su deporte favorito.